

El encuentro con el "tú" para reconocerse personas

Por P. NARCISO DE LA IGLESIA, sdb

Estaba yo navegando por Internet y no sé en qué página de filosofía me encontré la perla que a continuación les transcribo: "Toda persona que nace representa algo nuevo, algo que no ha existido antes, algo original y único". Lo firmaba Martin Buber. Me gustó, sí señor, me gustó cantidad. Y me puse a buscar cosas de él.

Yo empecé a leer a Buber en el año 65, precisamente cuando él se iba al cielo con Abraham, David y todos los Profetas del Antiguo Testamento. No en vano era judío, muy creyente. Ciertamente es toda una autoridad en filosofía antropológica, defensor del hombre como valor absoluto que descubre la propia dignidad del yo en el encuentro y diálogo con el tú.

Pues, al hilo de esa frase que encabeza este artículo, vamos a hablar de la persona humana, del hombre y de la mujer, joven, niño o más mayor: del valor único que es, de cómo llega a conocerse cuando conoce y respeta al otro. El maestro Martin Buber nos servirá de tutor.

Así empieza el Salmo 8: "Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra... Al ver el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para que cuides de él? Lo hiciste apenas inferior a un dios, coronándolo de gloria y esplendor, le diste poder sobre las obras de tus manos, todo lo pusiste bajo sus pies...". ¡Miren que la Filosofía dice y dice cosas acerca del ser humano tratando de aclarar su valor! Pues la Palabra de Dios lo asemeja casi a un dios. ¿Seremos capaces de apreciar lo mucho que valemos? Sí, usted y yo, el vecino y el compañero de escuela o trabajo. Todos, porque somos únicos e irrepetibles. Dios, según nos va haciendo, rompe el molde de donde salimos para que cada uno de nosotros seamos irrepetibles. De ahí que, por inmenso respeto, nadie pueda jugar con nadie a su antojo, capricho o conveniencia.

A lo largo de la historia reciente se constata que cuando el materialismo se hace más fuerte e inunda el pensar y el sentimiento es cuando el hombre se encuentra más distante de sí y de todo lo que le rodea. Entonces pierde el sentido de su identidad y se maltrata, maltrata a los demás y destruye su mundo. Buber se daba cuenta de este terrible problema y trabajó inmensamente en rehabilitar al hombre para que llegue a relacionarse consigo mismo y con el mundo exterior, únicos caminos para ponerlo en contacto con Dios.

Si hay algo que nos perjudica es cosificarnos. La cosificación, el mero tener para sentir que se es, que se existe y más nada, aunque se alcance un nivel importante, nos empobrecerá enormemente, puesto que, recordando a Erich Fromm, podremos tener mucho pero seremos muy poco.

Otro mal que nos puede destruir es la masificación. Y sólo disponemos de una forma de protegernos de esa maldad humana representada por la fuerza inconsciente de las masas: desarrollar nuestra conciencia individual. La frontera para enfrentarnos a esa tiniebla se halla en el interior del individuo. En lo más profundo de cada uno podemos descubrir la individualidad que nos identifica y su inmenso valor no reducible nunca a cantidad. Tratándose de lo humano, nunca la suma es más que el uno, ni por todos puede sacrificarse ni uno solo contra su voluntad. Sólo cuando se es consciente del valor del yo podremos ser capaces de dar la vida por el tú. Como Jesucristo: "Yo doy la vida voluntariamente, nadie me la quita".

Por otro lado, ser conscientes de lo que es el yo capacita para descubrir el tú. Entonces se entabla entre ambos un diálogo a veces cordial y a veces duro, pero siempre respetuoso porque del respeto y de la existencia de ambos depende la mía y la otra. Así surge la propia identidad, nos damos cuenta del otro y creamos comunidad.

Este trabajo exige un fuerte compromiso. Solía decir Buber: "No se conocerá la playa contemplando las espumas. Se debe correr riesgos y, si es necesario, arrojarse al agua y nadar". Hay que tener fe en el hombre, en el yo y en el tú, y trabajar para hacerlo consciente de sí mediante el diálogo y la reflexión compartida. La manera de hacerlo nos la señala de nuevo Buber: "No tengo enseñanzas que transmitir. Tomo a quien me oye de la mano y lo llevo hasta la ventana. La abro y señalo hacia fuera. No tengo enseñanza alguna, sino diálogo". Proponer, nunca imponer.

Es un diálogo de cuestiones vitales, de carácter universal, con las cuales nos enfrentamos todos los días y, la mayoría de las veces, huimos de ellas con respuestas fáciles y preparadas por sistemas o doctrinas, producidas a nivel de conocimiento científico, muchas veces de simple divulgación o, incluso, por la fe, una fe nada interiorizada. Todo lo que vivimos es relativo, así como todo lo que de cada uno de nosotros deriva. Por tanto, no hay que perder tiempo en discusiones estériles. Cada concepto construido en la vida, que se cumple de determinada manera, es una pregunta o una respuesta bajo la forma de una interrogante más incisiva. Siempre hay que profundizar más y más y no quedarnos en las capas más externas

Profundizar con la ayuda del otro que completa las respuestas a las comunes interrogantes.

Otro gallo nos cantara si no fuéramos tan arrogantes, más bien humildes y conscientes de que nos podemos equivocar, no empecinarnos aunque llevemos toda una vida “erre que erre” en la mentira y salir a descubrir el tú para caminar de la mano. Necesitamos de los demás para que nos ayuden a abrir caminos, que el camino se hace al andar, en boca del poeta, y con el tú al lado de nuestro yo es más fácil espantar los fantasmas y superar el miedo.

Qué triste el sentimiento de estar vivos sin vida, y no tener el coraje que hay que tener para llegar hasta el fondo del ser. Los que alcanzan el “conócete a ti mismo” de Sócrates, aunque hayan vivido inconscientemente lo que buscaban, renacen. Son otros y en la cara les brilla los verdaderos destellos del ser libres.

Qué triste encontrar gente que no quiere pensar, que agobiados por la vida o satisfechos por simples banalidades huyen de las cuestiones más profundas que dan fundamento al ser humano. ¿No estará producido ese agobio –me pregunto- precisamente por la incapacidad de plantearse el valor de su yo? “Si supieras lo que vales no te quedarías ahí parado dejándote morder por todos”, le decía Sócrates a uno de sus discípulos que no hacía más que lamentarse. Mire usted a su alrededor: ¿no habría que decirle también lo mismo a mucha gente que usted conoce? ¡Anda!, a lo mejor usted mismo se merece que se lo griten bien fuerte a la cara. ¡Despierte!, le diría nuestro inolvidable Toni de Mello.

Siempre podemos dar un paso adelante, firme y resueltamente, en pro de los valores más elevados del ser humano. Vivir nuestra propia vida, pero vivirla con sentido, con propiedad, es decir, de cara a la gente, junto con la gente, sin gestos altisonantes sino en el ánimo y en el hacer de un hoy más humano y compartible, como tanto lo trabajó Martin Buber.

Si en nuestro ánimo está proceder con rigor y con bondad, fácilmente nuestro yo se topará con un tú. Entre ambos encontraremos los verdaderos parámetros para iluminar nuestras interrogantes. Nos daremos cuenta de que educar es vivir, y vivir es dar sentido a lo que una vez aprendimos por nosotros mismos o, casi siempre, con la ayuda del tú.

Si nuestro mundo está corrompido, nosotros no lo estaremos, si nuestro hoy nos da dolor nosotros no nos echaremos al piso sino que caminaremos, algo más lentos, algo más dolidos, pero con paz interior al sabernos cumplidores de la cuota que nos corresponde en el hacer del mundo. Porque no podemos dejárselo a los vecinos para que jueguen con él a costa de nosotros. La vida siempre sorprende y aunque nuestras capacidades sean de las más exiguas, igualmente nos compete entregarnos a fondo y eso solamente se hace en el compromiso cotidiano y permanente de una vida en donde la ética y la moral estén en armonía. Podremos equivocarnos pero a la postre venceremos, siempre venceremos. Y lo grande es que podemos elegir si queremos ser meramente triunfalistas o queremos ser personas.

Toda auténtica elección está transida de amor. Toda opción del yo por el tú para identificarse mutuamente en el nosotros está orientada por el amor porque el amor es la responsabilidad de un yo por un tú. En esto reside la igualdad entre aquellos que se aman, igualdad que no podría residir en un simple sentimiento, cualquiera que fuese, igualdad que va del más pequeño al más grande, del más dichoso, del más protegido, de aquel cuya vida entera se halla incluida en la de un ser amado, hasta aquel que toda su vida está clavado sobre la cruz de este mundo porque pide y exige esta cosa tremenda: amar a todos los hombres.

De todo esto sabía mucho Martin Buber como lo expresa en *Yo y Tú*, obra central de su pensamiento, publicada en 1923. En ella nos habla de la comunicación humana con el mundo y con Dios, como una experiencia íntima, única y trascendente. Su pensamiento se enmarca, además, con un tipo de existencialismo humanista que subraya el compromiso, la elección y la acción, viviéndolo más en la comunidad que en la soledad contemplativa, en el compromiso activo más que en la quietud o paz de los cementerios. Un símil de su propuesta podrían ser, por ejemplo, Mahatma Gandhi y Albert Schweitzer, como hombres con un pensamiento religioso llevado a la acción en el inicio de este siglo.

El mismo Buber es todo un ejemplo. Cuando en 1938 se ve obligado a dejar Alemania por la represión del gobierno nazi se va a vivir a Jerusalén, donde continuará enseñando, como profesor de la Universidad de dicha ciudad. Desde el inicio propone la convivencia comunitaria entre palestinos y judíos, los que, nacidos de un tronco común, tienen derecho a vivir juntos en la misma tierra en igualdad de condiciones. Un pensamiento muy adelantado para su época y que se está viendo como la única vía para conseguir una verdadera paz de hermanos. Su pensamiento se hace lucha pacífica en pro de la causa más justa: reconocerse para comprenderse.

Hay que decirlo una vez más: si mi vida es verdadera y auténtica, logro este encuentro con el tú. Y la relación con el tú es directa, sin mediadores, sin filtros ni cálculos. Ese tú es mi prójimo, mi próximo, pero es, sobre todo, el Tú divino que da sentido a mi existencia por encima de todo.

Hay que añadir que sólo quien descubre el Tú divino está capacitado para ver en el tú cercano un ser nuevo, original y único. Por eso yo me estoy interrogando profundamente si tanta violencia como está sufriendo nuestro mundo no será la consecuencia lógica de haber desterrado o intentar desterrar de él el Tú divino. Porque si Él no está... yo soy el amo del árbol del bien y del mal. Entonces puedo obrar a mi antojo porque la ley la dicto yo.

Martin Buber lloraba pensándolo. ¿Y Ud?